

Algar  COLECCIÓN CALCETÍN

A la sombra de otro amor

Carmen Gil



Aquella mañana el viento de poniente, cálido y seco, soplaba en la bahía. Las gaviotas, como blancos velos de novia, revoloteaban alrededor de las barcas de pesca. Sus chillidos alborotaban el aire y lo vestían de fiesta. Los rayos de sol más luminosos que Julia había visto nunca se colaban por el ventanal de salón inundándolo todo, invadiendo cada rincón, acariciando cada cuadro, cada libro viejo, cada espejo... Julia se había levantado medio dormida, sin recordar muy bien dónde se encontraba. Pero la luz del salón, agresiva e impetuosa, la había despertado con brusquedad. Sí, es verdad, habían llegado de madrugada a la vieja casa de los abuelos, esa llena de escondites secretos en la que jugaba de pequeña, la casa que le parecía un barco y en la que soñaba con ser pirata. Como Mary Read, una mujer que se hizo pasar por varón durante la mayor parte de su vida. Disfrazada de hombre se enroló en un barco de guerra, se alistó en el ejército, formó parte de la tripulación de un barco

pirata... Tras muchos avatares, fue capturada y murió en prisión. A Julia le encantaba recordar las historias de mujeres pioneras que su madre narraba tan bien: la de Cleopatra VII, la última reina del Antiguo Egipto; la de Flora Tristán, que tanto luchó por los derechos de la mujer; la de Marie Curie, una gran científica en una época en la que a las mujeres sólo les estaba permitido dedicarse a las labores domésticas... Julia no podía acordarse de su madre sin que los ojos se le llenaran de lágrimas. Hacía ya dos años que había muerto, pero todavía en muchas ocasiones le parecía oír la cantar por la casa inventándose las letras de las canciones o esperaba verla salir de su habitación vestida de colores chillones y con su enorme bolso, que desde pequeña había sido para Julia como el cofre de los tesoros.

El olor a café y tostadas procedente de la cocina la despertó de su ensoñación.

—Julia, date prisa, que se enfría el desayuno —era la voz grave y profunda de su padre. Sus amigas le decían a menudo que su padre tenía voz de locutor de radio, y la verdad es que de joven había hecho sus pinitos en la emisora de radio local. Coordinaba una tertulia literaria, porque desde que era un niño le habían gustado mucho los libros. Por eso se había hecho profesor de Literatura.

—¿Has dormido bien? —le preguntó con mirada escrutadora.

—Sí, muy bien —le respondió Julia. Aunque en realidad se había despertado sobresaltada muchas veces, como venía ocurriéndole algunas noches desde la muerte de su madre. Pero Julia sabía que su padre estaba muy preocupado por ella, sabía que la razón de que hubiera decidido cambiar de destino era alejarla del lugar en el que tanto habían sufrido, poder empezar de nuevo dejando atrás el dolor. Y estaba dispuesta a hacerlo.

—Creo que vivir aquí me va a gustar mucho —le dijo, y su padre sonrió frunciendo las patas de gallo que le habían salido alrededor de los ojos en los últimos dos años.

—Cuando eras pequeñita te encantaba venir a pasar los veranos aquí, con el abuelo. En cuanto llegabas, te quitabas los zapatos y campabas a tu antojo de aquí para allá como un animalito salvaje. Lo que más te gustaba del mundo era meterte en la casa de los guardeses: los yayos, como tú los llamabas. Allí te pasabas horas y horas jugando con su perro Nerón.

—Sí, me acuerdo muy bien de él: tenía todo el cuerpo cubierto de lanas y cuando lo pelaban, parecía un borrego recién trasquilado. ¿Vivirá todavía?

—Sí, seguro que sí. Anoche me pareció oír sus inconfundibles ladridos.

—En cuanto termine de desayunar me voy a ver a los yayos.

—No, ahora no los vas a encontrar allí. Esta mañana han venido a verte, pero no quisieron que te despertara.

Ahora están en el pueblo haciendo unas compras y no volverán hasta mediodía.

Julia se comió las tostadas de pan moreno con ajo, tomate y aceite de oliva que había preparado su padre, y le supieron a gloria.

–Están riquísimas, papá.

–Claro, eso es porque el pan de Josefita es el mejor del mundo. He ido a comprarlo al pueblo antes de que te despertaras.

Mientras Julia recorría la enorme casona, los recuerdos se agolpaban en su mente: el cuarto de los abuelos, en el que había un buró antiguo de taracea, lleno de cajoncitos y compartimentos, que a la niña le parecía sacado de una novela policíaca; la lámpara del salón, cuyos cristales lanzaban destellos iridiscentes al encenderla; la escalera de madera que crujía con cada pisada; el desván en el que Julia se pasaba horas y horas en busca de objetos sorprendentes; la biblioteca atestada de libros antiguos que el abuelo contaba que eran el tesoro de la abuela... Cuántas veces el abuelo Damián se la había sentado sobre las piernas para enseñarle los dibujos de aquellos libros maravillosos. Julia recordaba las ilustraciones adornadas con orillo de *La isla del tesoro* o de *Los tres mosqueteros*. Pero el que más le gustaba de todos era un tomo grueso con leyendas del mundo. Le fascinaba que su abuelo le contara la leyenda de los demonios que robaron la felicidad a los hombres o la del cocodrilo vanidoso al que se le

arrugó la piel por quererla lucir al sol. Hacía muchos años que no había vuelto a ver los dibujos de aquel libro, desde que murió el abuelo y decidieron cambiar el lugar de vacaciones. Julia se pasó la mañana entera delante de la biblioteca, hojeando los viejos y gastados ejemplares, y el tiempo se le pasó sin sentir. Antes de irse a su habitación para ponerse a deshacer la maleta, eligió *Cumbres borrascosas*, uno de los favoritos de la abuela Paula, según el abuelo Damián.

Después de colocar la ropa dentro del armario y darse una buena ducha, Julia salió de la casa.

—Papá, me voy a ver a los yayos —gritó.

—Está bien, pero no vengas tarde a comer.

Al hogar de los guardeses se llegaba por un estrecho sendero entre chaparros. La casa parecía sacada de un cuento: era muy blanca, con las tejas muy rojas y macetas con flores por todos lados. A Julia le parecía que de un momento a otro iba a salir la ratita presumida con su escoba y se iba a poner a barrer delante de la puerta. Estaba contenta y el corazón le latía con fuerza dentro del pecho. Hacía tanto tiempo que no veía a los yayos... Julia golpeó con los nudillos y enseguida oyó la voz chillona de la yaya Rafaela.

—¿Quién es?

—Soy, yo, yaya Rafaela, la Julia.

—¡La Julia! ¡Mi niña!

Cuando la yaya abrió la puerta y vio a Julia, le dio un abrazo tan largo y tan apretado que casi la deja sin respiración.

–Pero si estás hecha una mujer –le dijo con la voz quebrada por la emoción–. Y tan guapa... Paco, ven, ven corriendo, que está aquí la Julia.

Del interior de la casa salió un anciano corpulento y cetrino, con el gesto triste y el paso cansino, que después de mirar a Julia de arriba abajo, dijo con la voz temblorosa:

–Es igualita que su abuela.

–Vamos, no seas arisco, dale un abrazo –le riñó cariñosamente su mujer.

El anciano se acercó a la chiquilla y la estrechó entre sus brazos. De pronto, un perro lanudo y negro llegó ladrando por el sendero y se puso a darle lametones y a mover el rabo a su alrededor.

–¡Nerón! –gritó Julia loca de alegría.

–Sí, es Nerón, el que te servía de caballo cuando no levantabas dos palmos del suelo –recordó la yaya–. El pobre está ya muy viejito y apenas ve; sin embargo, te ha reconocido. Venga, entremos en casa, que tienes muchas cosas que contarnos.

Mientras comían galletas de canela, Rafaela no dejaba de hacer preguntas a Julia: si sacaba buenas notas, si tenía muchos amigos, si tenía novio, si estaba contenta con venirse a vivir al pueblo, si... Parecía como si quisiera recuperar en un cuarto de hora los

ocho años de la vida de Julia que se había perdido. Julia contestaba pacientemente todas sus preguntas entre bocado y bocado y sentía cómo se le clavaba la mirada penetrante del yayo Paco, que escuchaba callado desde un rincón y sólo de vez en cuando abría la boca para decir.

–Es igualita, igualita que su abuela.